

LENGUAJE EXTÁTICO Y LENGUAJE FILOSÓFICO EN LA OBRA DE OSCAR DEL BARCO

Ecstatic language and philosophical language in the work of
Oscar del Barco

Juan Manuel Conforte
Universidad Nacional de Córdoba (UNC)
juanmanuel.conforte@gmail.com

Resumen: El siguiente trabajo se propone indagar sobre los usos de algunos conceptos psicoanalíticos en varios textos de Oscar del Barco. El problema del lenguaje como sedimento de la ideología y los modos de subjetivación de la metafísica, llevan al autor a indagar (sobre todo en Nietzsche) una modalidad del lenguaje y la experiencia, o la experiencia del lenguaje que pueda señalar un *afuera*, o un *más allá*, de los principios que sostienen el edificio occidental. En esa trama es notorio el uso que Del Barco realiza de las nociones de “represión” y “preclusión”, tomadas del discurso psicoanalítico.

Palabras Clave: **Del Barco / psicoanálisis / represión / forclusión / Marx / Freud / Nietzsche.**

Abstract: This article explores the use of some psychoanalysis concepts in the work of Oscar del Barco. The problem of language as a sediment of ideology and the ways of subjectivity on metaphysics, allows the author explore (especially Nietzsche) a way of language and experience, or an experience of language, that indicates an outside, or beyond, values that sustain Western thinking. In this plot, it is notorious the use of concepts as “repression” or “preclusion”, borrowed of psychoanalysis.

Key words: **Del Barco / psychoanalysis / repression / forclusion / Marx / Freud / Nietzsche**

En su novela “La pesquisa”¹, Juan José Saer, introduce un relato que, sin más, pone en cuestión la historia de occidente en su totalidad: *En las tiendas griegas*. La ficción narra la existencia de una re escritura de la *Ilíada*, no ya desde la visión de sus héroes: Aquiles, Horacio, Odiseo etc.; sino de dos soldados que están al cuidado de Menelao. El soldado viejo, que

1. J. J. Saer, *La Pesquisa*, Buenos Aires, Seix Barral, 2006.

nunca ha visto un troyano, que no conoce el “relato” y las leyendas en torno a Helena; y el soldado joven que viene desde la ciudad lleno de historias sobre dioses y héroes. Desde su puro mutismo, el soldado viejo, anota una historia que ya no puede ser la misma de la epopeya. Su visión encerraría claves necesarias para comprender la historia occidental, desde su afuera, o mejor, desde su intimidad- exterior, *éxtima* al decir de Jacques Lacan². La pesquisa gira en torno a la búsqueda de ese relato hallado en Francia por el recientemente fallecido Jorge Washington Noriega. La pregunta que se deja leer a partir de esa ficción es ¿cómo sería la historia si esta fuese contada por los esclavos, los desplazados, los que en el gran relato universal han quedado despojados no solo de vida sino de nombres, es decir, que han sido despojados de historia, de lenguaje y escritura? ¿cómo se espesa ese borde del lenguaje que lo torna abierto a nuevas perspectivas y a una transformación constante de su significado? ¿qué lenguaje puede, en todo caso, deshacerse del lenguaje sedimentado de la metafísica?

Gran parte de la escritura del barquiiana está atravesada por estas preguntas. Ya en “Esencia y apariencia en el capital” (1977), siguiendo a Derrida, Del Barco pone de relieve que la principal dificultad de los discursos emancipatorios, o incluso los discursos “destructores de la metafísica” es la imposibilidad, no ya de una perspectiva, sino de un lenguaje propio: “no disponemos de ningún lenguaje (...) no podemos enunciar ninguna proposición destructora que no se deslice en la forma, en la lógica y en las postulaciones implícitas de aquello mismo que se quiere negar”. Es decir que no hay lenguaje que no sea del Otro; de lo cual deriva, que no hay algo así como un meta-lenguaje, ni tampoco un Otro del Otro: punto de encuentro entre Lacan y Derrida, que será importante en los usos y lecturas de Del Barco en los años 70’ y 80’.

Si el lenguaje se erige, así, como Uno, la estrategia, quizás sea el descentramiento de las *versiones*. Estas premisas transitan de manera velada parte de la obra delbarquiiana. Podemos comprender así el análisis emprendido por Del Barco del uso de las palabras *esencia* y *apariencia* en el Capital de Marx, pero también los usos de las palabras Dios, verdad, valor, en la obra Nietzsche. En este sentido esos usos no revelan una permanencia de los autores en la metafísica (afirmación heideggeriana que Del Barco se encargará de desmentir) sino que son términos que condensan una potencia subjetivadora, que estos autores se proponen torcionar, destruir, criticar.

En este sentido podríamos hacer una primera distinción utilizada por Oscar del Barco entre filosofía y “discurso universitario”. Distinción que

2. Extimidad es un término introducido por Lacan en el Seminario *La ética del psicoanálisis*, que intenta romper con la idea de una espacialidad monádica limitada entre un adentro y un afuera. La extimidad es un exterior incluido (y un interior excluido). También remitimos al seminario de Jacques Alain Miller, *Extimidad*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

replica aquella de Blanchot entre “discurso y habla”. Maurice Blanchot publica en 1971 a raíz de la muerte de Merleau Ponty “El discurso filosófico”. Afirma allí que: “la filosofía es su propio discurso, el discurso coherente e históricamente situado, conceptualmente unificado, que forma un sistema en vías de acabamiento; ó un habla no solamente múltiple e interrumpida, sino fragmentaria, marginal, rapsódica, balbuceante y disociada de todo derecho de ser enunciado aún por esos que le sucederán anónimamente para sostenerlo continuarlo tornándolo así presente (...) el habla filosófica es desde un principio *sin derecho*”.³ En este sentido el discurso universitario, como discurso cerrado sobre sí, es el “lugar de la castración, donde todo pensamiento es cortado y podado con el objeto de volverlo transmisible”. “La esencia de la universidad, continúa Del Barco, consiste en prolongar y profundizar la escisión entre el pensamiento y la vida”.⁴ Entretanto la filosofía como “habla filosófica” continúa su labor negativa a partir de un forzamiento constante del lenguaje para abrirse hacia su “afuera”, o más centrado en el marco de referencia constante de Del Barco, para que este se mantenga en su carácter de *abierto*.

Leer los textos filosóficos de Oscar del Barco requiere tener como premisa que la filosofía es convocada aquí no en su carácter positivo o propositivo, en su vocación unificadora, o conceptual, sino como *pensamiento negativo*, no en un mero sentido crítico, sino como un lenguaje que intenta destruir el discurso sobre el cual se basa el principio de exclusión y diferencia que opera sobre la base de lo que llamará sucesivamente “sistema”, “logos-despótico”, etc. Del Barco conjuga la problemática marxista junto con la problemática del lenguaje y la deconstrucción de la metafísica en una escritura que desmonta una máquina discursiva productora de subjetividades y de lazos (relaciones dirá Del Barco) sociales intentando, al mismo tiempo, desmontarse a sí misma en un análisis interminable, en una insistencia tenaz y sin concesiones.

En un texto temprano de la producción delbarquiiana, “Algunas reflexiones sobre el problema del lenguaje”⁵, Del barco afirma que este problema “tiene alcances trascendentales en el orden global del episteme cuya destrucción histórica estamos viviendo”. “Y, agrega, la lingüística, junto con el psicoanálisis y el marxismo, ocupan un lugar de primer orden en este proceso de destrucción de la forma del pensamiento occidental que, al menos, arranca en Platón”. Es decir que para encarar este trabajo sobre y en el

3. M. Blanchot, “El discurso filosófico” en *Nombres. Revista de Filosofía*, Córdoba, Alción, 2010, P. 67.

4. O. del Barco, “Protocolos nietzscheanos I” en *Escrituras*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011, p. 356.

5. O. del Barco, “Algunas reflexiones sobre el problema del lenguaje” en *Escrituras...*, op. cit., pp. 347-354.

lenguaje, Del Barco se sirve de herramientas heterogéneas que le valieron el mote de herético en los círculos más dogmáticos o académicos. En este sentido junto con el marxismo, el psicoanálisis ocupa en la obra de Oscar del Barco un lugar esencial y singular ya que, si bien no se ocupa de él como se ocupa de Marx, Nietzsche o Heidegger, es decir, en primera persona, como objeto de análisis y lectura, hay allí una “caja de herramientas” conceptuales de las cuales Del Barco se sirve para dar diversos giros a su escritura. Las referencias a Lacan se multiplican a lo largo de su obra, pero más allá de ellas hay un uso específico de los conceptos del psicoanálisis que le sirven a Del Barco para descentralizar y sacar de sus impasses esa potencia del “habla filosófica”.

Uno de los temas centrales a partir del cual el pensamiento psicoanalítico se tornó relevante para el pensamiento filosófico político posestructuralista es el de los modos de leer a los autores clásicos. Ya la operación iniciada por Althusser de un retorno a Marx, replicaba aquel consabido retorno a Freud que le había costado a Lacan la expulsión de los círculos freudianos. Un modo de lectura que intentaba volver a los textos de Freud para encontrar en ellos lo que había pasado desapercibido en las versiones y recepciones tradicionales o dogmáticas. Del Barco parece redoblar el gesto de lectura y volver sobre Marx a contrapelo de los textos de Althusser, para darle una nueva dimensión. Pero, en algún punto, para sacar al pensamiento marxista del discurso universitario, o científico, que lo alejaban de lo *real* del pensamiento marxista.

Del Barco intenta abordar a Marx desde lo que él llama, “su síntoma”. Del Barco encara esa lectura de Marx preguntándose ¿Cuál era el síntoma de Marx? Y se contesta que en determinado momento este síntoma fue: no publicar. Es decir que es en aquellos textos del silencio de Marx, en los textos tardíos, no publicados, donde Del Barco busca lo *real* marxista. Es decir aquello que escapa a un principio de simbolización reinante.

Este *real* en juego, desplazado de las discusiones políticas que Del Barco analiza, podrían sintetizarse en la cuestión del sujeto. Sabemos que la cuestión del sujeto fue uno de los grandes temas del psicoanálisis lacaniano. Que, frente a cualquier esencialismo, Lacan propugna un sujeto descentrado del sujeto religioso y del discurso científico y plantea un sujeto dividido, diferido de cualquier principio de identidad: el sujeto del inconsciente. El sujeto, en su aspecto de *real*, es aquello que siempre resiste a los modos de sujeción social, ideológica, política. En este sentido Lacan puede ironizar con el título de uno de sus escritos más difundidos: “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, poniendo el acento de la subversión en el sujeto y poniendo la dialéctica del lado del deseo.

En este sentido, pensar el proletariado como una dimensión de un sujeto desplazado, reprimido, precluido, en contraposición a las nociones de indi-

viduo, persona, “yo”, es una tarea que ocupa a Del Barco desde sus primeros escritos. Ese uso de las categorías, o conceptos psicoanalíticos en torno a la negatividad del sujeto es notoria en este nivel de análisis. Así, puede decir en “Esencia y apariencia...” que “El proletariado, por ser lo *reprimido*⁶, lo excluido, la materialidad del sistema, y, al mismo tiempo, la *realidad* (necesaria) del sistema, puede no sólo criticarlo, en un sentido filosófico, sino, esencialmente, destruirlo, o, porque puede destruirlo puede criticarlo”⁷. El proletariado, siguiendo esta definición delbarquiana, funcionaría como el lugar de emergencia del sistema: sería, en tanto potencial destructor de los valores establecidos, el orden del deseo en tanto potencia de *transvalorización* (volveremos sobre esto cuando veamos el giro nietzscheano de del Barco). Es decir, un orden de resistencia a los modos de sujeción del sistema. Factor que amenaza constantemente en tornar al sistema en algo desfamiliar, ominoso, conflictivo, sintomático. En este sentido el proletariado cuestiona el orden edípico sobre el cual se construye el sistema, pero basándose en él.

Sin embargo, podemos advertir un pequeño deslizamiento en el mismo texto “Esencia y apariencia...”. Unos párrafos más adelante dirá que el proletariado es, no lo reprimido, sino lo “precluido” del sistema; término con el que se traduce la famosa *Verwerfung* freudiana y que da lugar a un intercambio entre Jean Hyppolite y Jacques Lacan en torno a la noción de negación en Freud y en Hegel⁸. La preclusión o forclusión implica una negatividad sin inscripción; es decir sin punto de anclaje en lo edípico, sino en un completo descentramiento. En este sentido el retorno del proletariado no es para el sistema la emergencia de lo reprimido sino su alucinación, su alteridad radical en tanto ya no hay un sí mismo del sistema. Este viraje apenas insinuado en el texto será esencial para lo que posteriormente Del Barco escribirá en dos textos de *El abandono de las palabras*: Crisis I, Crisis II⁹. En tanto el sistema no está amenazado, es decir no se basa en una represión, sino en una preclusión, la crisis está diluida y absorbida por el sistema. No hay crisis del sistema, en tanto no hay trauma esencial en él; no hay crisis, en tanto el sistema es su propia crisis constante. Aquí, lo *real* del sistema no está ya en la posibilidad de su destrucción, sino en la emergencia de ciertos modos de vida que se vinculen con lo *heterogéneo* a la inmanencia del sistema.

6. El subrayado es mío.

7. O. del Barco, “Esencia y apariencia en el capital”, *Escrituras*, op. cit., p 58.

8. J. Lacan, “Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud” en *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

9. O. del Barco, “Crisis I” “Crisis II” en *El abandono de las palabras*, Buenos Aires, Letra Viva, 2010.

En este sentido lo *real* no puede visualizarse ni desde lo dogmático, ni desde lo científico, ni desde los meros claustros universitarios, debe visualizarse desde lo *heterogéneo* mismo en tanto práctica, desde lo diverso, inmerso en una práctica historia. Ahora bien, como dijimos, es el sistema quien origina su propio real. Es decir que el capital, o el sistema, o el logos, o la técnica (palabras que apuntan a nombrar desde distintas referencias esa totalidad evanescente e ilocalizable) quien genera ese desplazamiento de aquello que luego se dedicará a explotar y destruir. Las figuras de los locos, los pobres, los negros, los proletarios, es decir todos aquellos que no han devenido sujetos de una manera hegemónica; son los que desde su potencia de *resto* pueden relacionarse de otro modo con la *fuerza*. No solo con las fuerzas del sistema, sino con la *fuerza* que el sistema les extirpa. Lo heterogéneo, término de Georges Bataille, implica una irreductible dimensión de lo Otro; que esta vez no tiene que ver con el Otro, sino con otro modo de gozar, o mejor con otro modo de ser o de existir, más allá de los goces o existencias impuestos por el *sistema*.

En este punto hay un viraje del pensamiento de Del Barco hacia la filosofía de Nietzsche. Si asumimos que el significante “dios” es una condensación de significados para el sistema; es a partir de la aniquilación de la idea de dios, que podemos encontrar lo *nuevo*, en los términos de Baudelaire que citado en este texto. Aquí asume una tarea crítica apropiándose de las ideas nietzscheanas pero no sin antes volver sobre la crítica de la crítica. En este sentido no seguirá la premisa heideggeriana de un Nietzsche prendado a la metafísica, ni un transvalorador del *logos* occidental. Del Barco lee a Nietzsche como un místico. Pero no de una mística religiosa, sino de una mística de la fuerza y la intensidad. En Nietzsche se conjuga un punto de *revelación extática* con un trabajo crítico-filosófico que conjuntamente confirman una unidad que del Barco llama *transmetafísica*. En esta mística de la intensidad se jugará la potencia de la crítica: “Nuestra tarea consiste en buscar el máximo de intensidad, para desde ese punto extremo seguir las complejas gradaciones y los efectos producidos por la crítica. Todo se vuelve ininteligible para la crítica si falta el punto de la exterioridad, de la otredad, el que incluso inmanente funda la posibilidad crítica”.¹⁰

En todo caso el uso que Nietzsche hace de las categorías occidentales dirá Del Barco, es un uso *negativo* que apunta, no solo a poner a esas categorías contra sí mismas, sino llevarlas a un punto de *intensidad* en el que puedan decir más que lo que el sentido tradicional las hace decir: que puedan decir su silencio, que puedan callar o que puedan volver a cobrar una dimensión *previa*. El silencio o el habla de la *transmetafísica* apunta a llevar a la palabra a su plenitud. Es “el silencio del muerto del que habla Lacan, dice en

10. O. del Barco, “Protocolos nietzscheanos II” en *Escrituras*, op. cit., p. 383.

‘El caballito blanco’, un silencio capaz de dejar que el otro silencio pueda significarse, absolutamente, como tal”¹¹. El silencio de lo absolutamente otro, de lo completamente heterogéneo.

En un texto de “El abandono de las palabras”, llamado, de manera sugerente *Racionalidad y represión* del Barco caracteriza de la siguiente manera esta cuestión del *sistema* y su alteridad.

El *lógos* sería, pues, el núcleo estructurador de la totalidad ideal-material, y sólo a partir de su conocimiento, el que implica el conocimiento de su despliegue, se podrían determinar las zona in-organizadas, los vacíos e intersticios donde reside la fuerza potencial o factual del no-*lógos*. Fuerza sin sustancia, errática y descentrada, que no puede ser llamada *logos*, ni originario ni nuevo *lógos* de un tipo posible de sociedad sin escisión y sin *lógos* despótico. A-*lógos* como no-poder, como espacio sin poder, caracterizado por el abandono y la sustracción (al hacer)”¹².

La destrucción del lenguaje, que es sin más, la destrucción de la idea de dios, implica el *abandono de las palabras*, que no son ni más ni menos que las que estructuran y motivan las acciones; las que determinan y modulan los deseos. Con Oscar del Barco entramos, en una práctica de continua destitución de cualquier significante que intente suturar la fisura esencial entre el *logos* y el no-*logos*. En definitiva, de cualquier clausura del registro simbólico y de cualquier consistencia imaginaria: del Barco apunta al hueso de lo *real* que persiste, según definición de Lacan, siempre en el mismo lugar.

Es desde este punto, quizás, desde donde puede darse otra dimensión a una serie de *intervenciones* de Oscar del Barco. Entre ellas por supuesto la respuesta a la carta de Héctor Juvé “No matar”. El no matar implica una dimensión de la violencia que el sistema no acepta; es un absoluto que desabsolutiza; un punto extático que apunta a otro modo del lazo y de la consistencia de los cuerpos. Si el éxtasis de Nietzsche fue el eterno retorno, el éxtasis de del Barco fue el No-Matar. Toda violencia es, de una u otra manera, direccionada, motivada, apalabrada. En tanto acción motivada, la violencia, el matar, incluso puesto en el contexto de la acción revolucionaria, o en el marco de una negatividad sin la cual no habría ni historia, ni mundo, ni nada, implica un sentido. Oscar del Barco apunta al *fuera* de sentido del “no matar”, al silencio al que empuja cuestionando todos los significantes a partir de los cuales se podría matar, o estaría habilitado el matar. La violencia del “no matar” es vaciar al matar de cualquier con-

11. O. del Barco, “El caballito blanco” en *Escrituras*, op. cit., p. 465.

12. O. del Barco, “Racionalidad y represión” en *El abandono de las palabras*, op. cit. P. 30.

tenido ideológico y llevarlo al límite de lo decible. No matar, como el no hay relación sexual de Lacan, hace existir el lazo violento a partir de su esencial negatividad e imposibilidad. *No-matar*, en tanto *no hay relación*; matar es hacer existir la relación y clausurar la diferencia. No-matar es sustraer la acción de una motivación siempre sospechosa y darle lugar al silencio que viene de la alteridad.

En este sentido del afuera, Oscar del Barco apunta a darle voz al silencio de aquel viejo que no sabe de la guerra que acontece alrededor; soldado-esclavo que no ha sido llevado por los relatos épicos, ni por los mitos y leyendas. Ha estado en las tiendas cuidando de Menelao mientras la historia le pasaba por las narices sin que él se enterase. Descree de los mitos que el soldado joven le cuenta; no asume la radical violencia que el relato justifica y acrecienta. Mientras la ciudad batalla, en las afueras, incluso en los bordes del afuera, en las tiendas griegas, pero en las puertas, un soldado vigila extáticamente la sinrazón de esa matanza. Ese sin-nombre, sin justificación hacia lo que acontece a su alrededor, es el resto que el sistema deja por fuera y del cual Del Barco busca su voz.